

ROSARIO

Historias de aquí a la vuelta

2



Los orígenes del fútbol

Andrés Bossio



Ediciones De Aquí a la Vuelta

Los Orígenes del Fútbol

Andrés Bossio



DE LA MANO DE UN TAL WILLIAMS

Bastante tiempo antes que el resto del país comenzara a tener información sobre ese invento de “los ingleses locos”, los rosarinos de la segunda mitad del siglo pasado hicieron sus primeras experiencias en fenomenales picados futbolísticos librados en lo que hoy sería pleno centro de la ciudad. Como no podía ser de otro modo, los protagonistas principales e introductores de la novedad eran tripulantes de los tantos barcos británicos que atracaban en el atareado puerto de Rosario. Quienes primero se opusieron a los duchos futbolistas marineros eran, por lo general, empleados de los almacenes navales de aquellos tiempos -cuyos propietarios eran ingleses- y obreros de la empresa ferroviaria que por entonces sentaba sus reales en Rosario para tender las vías que uniría a nues-

tra ciudad con la de Córdoba.

La tradición oral, repetida de generación en generación y recogida por algunos estoicos cronistas de época, adjudica a un súbdito de la corona británica apellidado Williams, la condición de precursor del fútbol en Rosario. Williams atendía en la calle Aduana (hoy Maipú) un negocio donde se surtía a parroquianos y marineros de paso, de bebidas y alimentos. Allí conoció a través de los navegantes los rudimentos del fútbol, quedando fascinado por la novedad. Poco a poco fue interesando a algunos criollos de la villa, que en seguida le tomaron el gusto, formalizándose los primeros enfrentamientos entre animosos nativos y marineros ingleses.

En realidad, los datos que han podido conocerse son bastante precarios. Nada se sabe, por ejemplo, de la cantidad de jugadores que integraba cada equipo, del tiempo de duración de los par-

tidos, de las reglas mínimas que, aún por esos tiempos, debían necesariamente observarse de parte de los protagonistas. Lo único cierto es que el tal “míster” Williams colectaba en su boliche y en los talleres ferroviarios unos cuantos rosarinos bien dispuestos y los instruía para competir de manera más o menos decorosa contra los experimentados jugadores extranjeros. Este buen hombre provenía de Glasgow, donde había intensa actividad futbolística por esos tiempos, la que pretendió trasplantar (como veremos, con buen suceso) en esta ciudad que por esos años apenas si superaba los veinte mil habitantes. Como espacios abiertos se encontraban a cada paso, es fácil suponer que el escenario de los primeros picados habrá sido, por lo general, la vecindad del negocio de Williams. Lo único que se sabe es que la poca gente que se detenía a presenciar tan curioso espectáculo parecía ser indiferente a la innovación deportiva.

PLAZA JEWELL: ALUMBRAMIENTO FUNDACIONAL

A partir de marzo de 1867, el panorama se transforma con un hecho trascendental: el 27 de ese mes y año -fecha que debiera ser declarada fundacional para el deporte rosarino- un grupo de ciudadanos británicos da vida a “Rosario Cricket Club”, que con el correr de los años se transformaría en el Club Atlético del Rosario. Aunque la intención original era la de practicar principalmente el cricket, el auge del fútbol que arrasaba en las islas británicas también llegó a estas tierras, y en el campo de deportes del nuevo club, ubicado en la intersección de las actuales calles España y Salta (lo que hoy es el Colegio San José), comenzaron a realizarse los primeros encuentros de fútbol.

Al principio eran sólo disputas esporádicas, entre socios de la flamante entidad. Sus miembros más notorios, por otra parte, pertenecían a la empresa ferroviaria en auge, así como a las instituciones bancarias que, al amparo del progreso que traía el ferrocarril avizoraban un futuro de prosperidad para esta plaza. La todavía vigente e inicua guerra contra el Paraguay -una vergüenza imborrable de nuestro pasado- permitía repartir tierras mostrencas entre los criollos que se ofrecieran voluntariamente para aquella locura miritista. Esos terrenos carentes de dueños y, por ende, en poder del fisco, eran ofrecidos al gaucha-je pobre como señuelo; la historiografía liberal se place en repetir lo afirmado por Juan Álvarez en su “Historia de Rosario 1689-1939” cuando achaca a la vagancia de la peonada rosarina el fracaso de

esa ley que disponía el reparto de tierras. Dice Álvarez que “...los ex guerreros (luego de la contienda) mostraban muy pocas ganas de empuñar el arado y bien pronto obtuvieron del gobierno les eximiese de poblar sus lotes”. Otros investigadores desmienten esta versión y acreditan hechos muy precisos que no tardan en advertir; ello es que... “son tantos los fraudes e injusticias que para silenciarlas se deben adoptar normas adicionales (a la ley que dispone el reparto de tierras). De todas maneras, el 10 de enero de 1867 se decide la venta de todos aquellos lotes a un pequeño círculo de especula-

dores enriquecidos en esos años” (Rodríguez Molas, Ricardo E., “Historia social del gaucho” Ed. Capítulo, t. 159 Pág. 191).

El mismo Juan Álvarez no puede menos que reconocer en la obra citada que “...la verdad es que los lotes donados al criollaje, aunque fertilísimos, hallábanse sobre la insegura y peligrosa frontera sudoeste del departamento”, dando cuenta somera de las tropelías que los indios cometían por entonces en sus habituales excursiones en sitios muy cercanos a la zona asignada a los eventuales combatientes.

Los partidos de croquet en Plaza Jewell se convertían en reuniones sociales donde convergían las damas más distinguidas de la sociedad rosarina.

Gentileza Club Atlético del Rosario



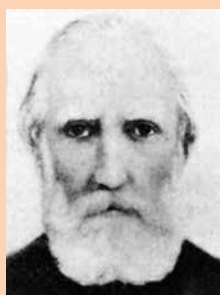
El cricket fue la actividad deportiva que determinó la fundación de Atlético del Rosario. Esta formación, casi invencible entonces, es de 1912.

Gentileza Club Atlético del Rosario

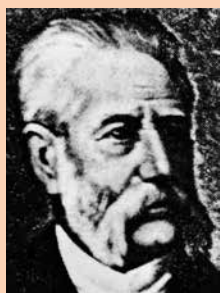
FIGURAS ILUSTRES EN LOS ARBORES DEL DEPORTE



Luis
Lamas



Aarón
Castellanos



Ovidio
Lagos

Las convulsiones políticas que agitaron el país después de la tranquilizante fugacidad de Caseros no constituían, por cierto, condiciones favorables para las actividades lúdicas. Las masas nativas repartían sus días entre las jornadas esclavizantes de un trabajo abrumador y los intentos -cada vez menos exitosos- de “esquivar el bulto” a los enganches forzosos de los milicos, que terminaban con los hombres fuertes de la villa reclutados para la revolución de turno o, en su momento, para la guerra contra el Paraguay. No es extraño, entonces, que en ese contexto y en un villorrio que a fines de la década del ‘60 (del siglo pasado) no llegaba a los treinta mil habitantes, recién despertara el interés por el deporte con la llegada de banqueros, comerciantes y empresarios extranjeros, especialmente británicos.

La fundación del Rosario Cricket Club, el 27 de marzo de 1867, fue el primer paso para aglutinar voluntades deseosas de arraigar las primeras prácticas deportivas. Los fundadores del club y la mayoría de sus miembros eran, obviamente, personajes de predicamento en las empresas ferroviarias, bancos y comercios de la ciudad. Naturalmente que los rosarinos que los frecuentaban ocupaban, también, lugares prominentes en la sociedad de entonces. No extraña, pues, que a un año de su fundación, un acta de la habitual reunión de comisión directiva destaca el apoyo recibido de parte del cónsul inglés y de un puñado de personalidades afincadas en Rosario.

En un estupendo trabajo realizado con motivo del centenario de Plaza en 1967 (el responsable principal de la notable reseña histórica fue el ex directivo del club **don Francisco M. Cavallo**), se reproduce la mención a la ayuda recibida en los albores del deporte de tres figuras notables de entonces: el intendente Luis Lamas, el colonizador Aarón Castellanos y el director y fundador de “La Capital”, don Ovidio Lagos. Este último, por sus reiterados aportes periodísticos destinados a apoyar la labor de la institución, fue distinguido con la designación de socio honorario del ya rebautizado Atlético del Rosario.

La realidad es que “fuera de Buenos Aires, donde muchos voluntarios se inscribieron, no se encontraban paisanos dispuestos para llenar las cuotas provinciales”, dice *José María Rosa* en su “Historia Argentina”, T.7 pág. 140, recapitulando algunos antecedentes al respecto que le llevan a acreditar que Emilio Mitre, desde Córdoba, mandaba su “cuota” de gauchos pobres como carne de cañón para la guerra “atados codo con codo”; que Julio Campos, desde La Rioja, informa que al solo intento de reclutamiento los lugareños se van a las sierras; que los “voluntarios” de Salta y Tucumán se rebelan en Rosario “apenas les quitan las maneas” y que, finalmente, el gobernador Mau-

becín de Catamarca, al elevar al gobierno nacional la cuenta de gastos que demandó el envío de su contingente, incluye el importe de “doscientos pares de grillos” que sirvieron para evitar la desertión de sus criollos catamarqueños. No es menos gráfico Gastón Gori en su libro “Vagos y mal entretenidos” tanto como Nicasio Oroño en un par de vibrantes alegatos en el Senado de la Nación al denunciar “las monstruosas injusticias” que sufre la peonada de nuestros pagos.

En definitiva, esas tierras ofrecidas tan “graciosamente” a los pobres criollos, inexorablemente fueron a parar a manos de los grandes poseedores de estancias

y a los capitalistas extranjeros, siempre prestos a apoderarse de bienes nacionales por cualquier resorte que fuere.

De todos modos, la nobleza y generosidad del criollo hizo que aceptara sin reparos la afluencia de inmigrantes llegados desde cualquier punto del orbe, y que se integrara con ellos en la nueva sociedad. No importó que las desigualdades y privilegios se acentuaran con los años, como lo registra la minuciosa y documentada crónica de *Juan Biale Massé*, en su colosal informe de 1904 sobre “El estado de las clases obreras argentinas a comienzos del siglo”, al referirse a lo observado durante su visita a Rosario.

PRESENCIA DE JOSE HERNANDEZ



José Hernández se refugió muchas veces en esta casa rosarina, propiedad de su tío Manuel Alejandro Pueyrredón, ubicada en calle Buenos Aires 880 (numeración actual). Corrido de Buenos Aires por su prédica antimitrista, conspiró contra los porteños desde esta finca junto a Pascual Rosas, Prudencio Brown Arnold, Servando Bayo, Manuel Carlés, Eudoro Carrasco y otras figuras prominentes de la ciudad.

A principios de este siglo la práctica deportiva no llegaba a las capas populares. El bienestar que prometía el incipiente progreso operaba con caprichoso retardo en la mayoría de los habitantes, que sólo encontraban alguna distracción en las fronteras donde se jugaba paleta a la vasca y en las clásicas carreras de lonja. Había por entonces un sitio alejado del centro, al que sólo se accedía a caballo o en carro. Era el “campo Gallegos”, situado en las proximidades de lo que hoy es el estadio municipal “Jorge Newbery”, en Br. 27 de Febrero y Ovidio Lagos. Allí se congregaban las masas anónimas de criollos que disfrutaban confiando unas monedas a las patas de su fiel y querido “parejero”. Las crónicas sólo se ocupaban de esta actividad “de pobres” cuando las reuniones terminaban en alguna batahola producida por un fallo dudoso, un “tongo” evidente o un exceso del más ordinario alcohol disfrazado de ginebra. Sin embargo, un prolijo y marginado historiador de nuestros pagos y de las cosas mayores de nuestra historia, nos dejó una evidencia importante de este tipo de actividades en el campo Gallegos. Don Pedro De Paoli, en **“Los Motivos del Martín Fierro en la vida de José Hernández”**, asegura que el poeta máximo de la gauchesca argentina anduvo por esos andurriales en no pocas ocasiones. Hernández, entre 1858 y 1869 visitó Rosario en numerosas ocasiones y llegó a vivir un buen tiempo entre nosotros alquilando una casita muy humilde en calle Buenos Aires N° 52. El propio De Paoli, junto al doctor Carlos Ortiz Grognet, ubicaron hacia 1950, ese sitio histórico con la numeración 880 de la calle Buenos Aires. Por entonces, la casa conservaba su vieja estructura intacta, sus rejas, sus patios, sus galerías. Lamentablemente, en 1956 fue demolida para dar paso a una nueva construcción. Hernández, que publicó varios artículos en “La Capital”, intentó a principios de 1872 conseguir una concesión municipal para explotar una línea de “tranways”. No la consiguió y volvió a Buenos Aires donde vivía semiclandestinamente en el hotel Argentino, donde terminó de dar forma al Martín Fierro, aparecido en noviembre de ese mismo año de 1872.

Mucho antes de 1873 - cuando se corrieron las primeras pruebas hípicas en las inmediaciones de la actual plaza López-, la Villa del Rosario conoció las más domésticas carreras de lonja, a las que solía asistir ocasionalmente el futuro autor del “Martín Fierro”.

“Una carrera”. Litografía de Bacle.
Museo Histórico Provincial



A despecho de esa verdadera discriminación sufrida por el nativo, esa integración con el extranjero se produjo en Rosario -como en el resto de las urbes pobladas- casi sin dificultades. Quizás una excepción en la materia de nuestro análisis haya que buscarla en el club Rosario Central, que en 1903 y tras una tumultuosa asamblea decidió romper los moldes impuestos por los fundadores -no se podía ser socio de la institución si no estaba el interesado vinculado con la empresa ferroviaria, con mayoría absoluta de gerentes y personal jerárquico de nacionalidad inglesa- dando nacimiento a una nueva etapa en dicho club y "acriollando" no sólo su nombre, sino el plantel de sus jugadores, asociados y dirigentes. Pero más allá de eso, el contacto cotidiano entre argentinos y foráneos fue produciendo un entremezclamiento de tendencias, actitudes, gustos y costumbres que con el tiempo fueron ensamblando armónicamente. Eso trajo como consecuencia, entre otras tantas cosas, por supuesto, que muchos británicos que se extrañaban de tan insólito hábito, se apegaran al criollo mate amargo de nuestra tierra hasta abandonar inclusive su casi adicción hacia el té tradicional que traían desde las islas; los nuestros, por su parte, poco a poco dejaron de ser espectadores indiferentes de esa alocada propensión por correr

detrás de una pelota. En la mayor parte del país, pero fundamentalmente en Rosario, ese invento de "los ingleses locos" pronto pasó a formar parte de nuestra mejor tradición. Aprendido rápidamente por las masas criollas, le impusimos nuestro propio sello abandonando inclusive las tendencias traídas por los maestros. Ese fútbol simple, veloz, en armonía de conjunto característica de los británicos, cedió a la idiosincrasia argentina. Lo convertimos y adaptamos a nuestra manera, más lento, más bello, privilegiando lo individual a lo colectivo.

Esa coexistencia entre ingleses que pretendían enseñar y rosarinos que aspiraban aprender, duró muchos años, aún desordenadamente. Recién aparece en 1880 el segundo intento de un grupo de ciudadanos que quería conformar una entidad. El testimonio de un desaparecido periodista -Juan Dellacasa (h)- ubica el fallido propósito en las inmediaciones de la actual plaza Santa Rosa. Las dificultades fueron tantas que los escasos entusiastas del nuevo club, llamado Villa del Rosario, tras unos pocos meses plagados de contratiempos, abandonaron el intento y se incorporaron al Rosario Cricket Club. Debieron transcurrir entonces nueve años más para que aconteciera algo realmente importante en materia futbolística.

EL NACIMIENTO DE LOS GRANDES

Ese hecho trascendente tuvo lugar el 24 de diciembre de 1889, cuando en un viejo café de la avenida Alberdi -donde se levantó luego el Colegio Talleres- un grupo multitudinario y ruidoso (cuentan que eran alrededor de setenta personas) formalizó la fundación del "Central Argentine Railway Club", que en 1903 se convertiría definitivamente en el Club Atlético Rosario Central.



En 1903 oficializó su nombre actual Rosario Central, todavía con camisetas divididas en grandes cuadros de color azul y blanco. Kellard, Darch, Welk, Nissen, Thompson, Cantón y Stocker, (el árbitro) están de pie; sentados Stiddock, Wostel, Zenón Díaz y Daniel Green.

"Revista por las Bodas de Brillante"
de Rosario Central 1964

Este alumbramiento significó el primer despegue del fútbol rosarino de su tronco-madre, el deporte inglés, porque si bien el nuevo club estaba formado en su mayoría por ciudadanos británicos, su mismo presidente, mister Colin Bolin Calder, pronunció en aquella augural víspera navideña un encendido discurso abogando por clausurar la ya absurda práctica del cricket y reemplazarla por el fútbol. Era, por cierto, una abierta deserción a los modos observados en Atlético del Rosario, donde también el fútbol se había convertido en pasión mayoritaria, aunque sin atisbo de desmedro para su actividad esencial: el cricket. No obstante, por unos cuantos años más, la principal actividad futbolística tenía por escenario el predio de Plaza Jewell, donado por los hermanos Jewell al Atlético del Rosario (el nombre había cambiado hacia 1884) casi contemporáneamente con el nacimiento de Rosario Central.

En 1891, el fútbol alcanza un primer intento de organización cuando se crea en Buenos Aires la "Asociación Argentine Football League", en cuyo primer torneo resultó vencedor el Saint Andrew Athletic Club. La referencia no tendría para esta crónica mayor importancia si no aclaráramos que en el equipo campeón se alinearon dos futbolistas rosarinos: Penman y Francis. Poco a poco, los hechos se iban encadenando para encender aún más el fervor de nuestras gentes por el fútbol. Central Argentine Railway Club y Atlético del Rosario jugaron por esos años varios encuentros amistosos. Pero estos últimos ya estaban en otra dimensión y comienzan a competir con buen suceso en el campeonato de la Liga Argentina, Lobos, Flores, Quilmes, Lomas, Belgrano, Retiro, Atlético del Rosario y English High School (que luego se llamaría Alumni) integran el lote de competidores. Los rosarinos cumplen dignísimo papel y tras dos victorias y un empate, pierden el encuentro final ante Belgrano. En años sucesivos,



Florencio Sánchez.

Caricatura de Santiago publicada por Centro Editor de América latina.

Florencio Sánchez, el gran dramaturgo vio frustrarse en Rosario el estreno de "Gente honrada", cuya representación inicial anunciada en el "Politeama" (Mitre entre Córdoba y Santa Fe), impidió la policía. Cesanteados por hacer una huelga junto a Miguel Ángel Correa (Mateo Booz) y otros periodistas locales, fundaron el diario "La Época", donde aparecieron extensos comentarios deportivos.

Florencio Sánchez se radicó en Rosario en los primeros años del siglo y trabajó en la "Refinería Argentina de Azúcar", establecimiento que daría nombre a un importante barrio del norte de la ciudad. Participó en la famosa huelga de 1901, desempeñándose como secretario de prensa del sindicato.

El célebre dramaturgo uruguayo detestaba el fútbol, jamás había estado en una cancha. En un momento determinado estaba pasándola muy mal. En el diario "La República", que contaba con su valiosa pluma, lo dejaron cesante por adherir a una huelga. Poco después, la policía frustró el estreno de "**Gente honrada**", que se había anunciado en el Teatro Politeama (1), de nuestra ciudad. Apesadumbrado, no opuso mayor resistencia cuando un grupo de amigos lo llevó a ver un partido de Rosario Central. A la vuelta, en la rueda bohemia del desaparecido café Siglo XX, le preguntaron a Sánchez qué le había parecido el cotejo, y respondió, "He visto a veintidós hombres grandes luchando afanosa por la conquista de un globo. Una real tontería. Pero había entre ellos un "Negro" que me maravilló..."

Ese "Negro" ya había cautivado con su estampa, su juego y su personalidad, a sabios y profanos: se llamaba Zenón Díaz y fue el primero de los grandes ídolos que lucieron la camiseta de Central.

(1) Según la prolija registración de **Wladimir C. Mikielievich**, estaba ubicado en calle Progreso (hoy Mitre) entre Córdoba y Santa Fe.



El legendario Alumni, de los hermanos Brown. Su ideólogo, impulsor y creador fue Alejandro Watson Hutton, director del English High School, quien pidió autorización a D.F. Sarmiento para enseñar fútbol en el colegio. Dicen que la respuesta fue más o menos esta: "Enseñe, mi amigo, aunque sea a las patadas".

Centro Editor América Latina

Atlético del Rosario intensifica su participación en competencias que lo tienen como principal animador y llega a discutir títulos con el legendario Alumni, de los hermanos Brown, y con Peñarol de Montevideo.

El fútbol era ya una pasión popular incontenible. La ciudad progresaba aceleradamente y los clubes nacían al conjuro de aquella predisposición hacia el nuevo deporte. En 1903 -un 3 de noviembre otro hito insoslayable nace a la historia de la ciudad: se funda *Newell's Old Boys*. El mismo año, otro grupo de muchachos entusiastas acaudillados por don Juan Cechi da vida a Provincial; un año después aparecen Argentino (actualmente *Gimnasia y Esgrima*) y *Tiro Federal*; en 1906 se crea el *Córdoba and Rosario Railways Athletic Club*, más tarde rebautizado *Central Córdoba*. Después se sumarían Argentino (que primero se llamó *Embarcaderos* y más tarde *Nacional*). *Sparta*, *Belgrano* y muchos más, algunos desaparecidos tras un primer tramo de fulgor.

Esta primera etapa, la prehistoria del fútbol rosarino, se extingue cuando esos intentos dispersos por cultivar la nueva



actividad deportiva se canalizan y sistematizan a través de un órgano madre, la Liga Rosarina de Fútbol. La creación de la misma se efectiviza el 30 de marzo de 1905, tras una reunión celebrada en el Hotel Britania, situado en las actuales calles San Martín entre San Lorenzo y Urquiza. J. G. Parr y Ricardo Le Bas por Atlético del Rosario; Miguel Green y A. Postel por Rosario Central; Claudio Newell y J. Hiriart por Newell's Old Boys; y J. Roda y J. H. Hudson por Argentino (actual *Gimnasia y Esgrima*), suscribieron el acta de fundación de la nueva entidad que, con no pocos tro-

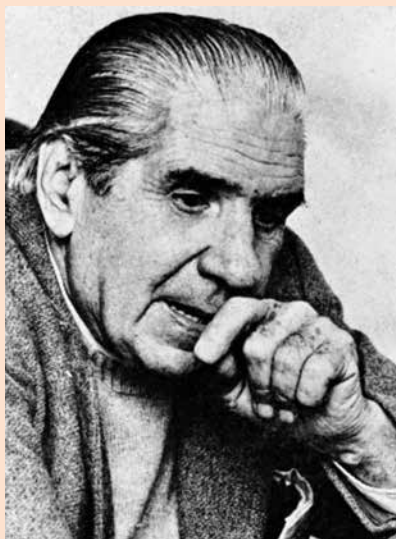
Nicolás Santana, Arquero de Belgrano, detiene ante Bonzi, de tiro Federal. Ganó Belgrano por 4 a 2, en el torneo de 1924. Los celestes se llamaron al comienzo Club Atlético Mercado Central, por lo que recibieron el mote de "los paperos"

Gentileza de Manuel Santana

piezos, aglutinó los esfuerzos de los clubes locales de fútbol hasta 1931. Para esta fecha el místico lirismo del "amor a la camiseta" fue cediendo a las tentaciones

EL FÚTBOL Y LA "DECADA INFAME"

Pocos periodos de nuestra historia han sido tan determinantes como el de la década del '30. La crisis económica mundial que desató el "jueves negro" de Wall Street (24.10.1929) hizo tambalear todas las estructuras del poder. En la Argentina pastoril de esos años la experiencia popular del gobierno de Hipólito Yrigoyen era observada con desconfianza y recelo. Unas elecciones provinciales en la región cuyana -que asegurarían mayoría parlamentaria al viejo caudillo de Balvanera para sancionar su proyecto de nacionalización del petróleo- tendría no poco que ver con la decisión de una élite integrada por militares y civiles para derrocar al gobierno constitucional. Tomado el poder se legalizó el fraude y, con él, el manejo discrecional de la cosa pública. Comenzaba a perfilarse lo que José Luis Torres denominó gráficamente como "la década infame". La solitaria voz de Lisandro de la Torre en el Senado, la casi suicida actitud contestataria de unos pocos dirigentes obreros y la acometida tremenda aunque minoritaria de los integrantes de FORJA (Scalabrini Ortiz, Jauretche, Manzi, Ortíz Pereyra, del Río, García Mellid y otros) no fueron obstáculo para que se legalizara la entrega. El país se derrumbaba y aplastaba a las mayorías empobrecidas. Aparecían las villas miseria y la olla popular en Puerto Nuevo. "Eran los tiempos de los desesperados, de los ingeniosos y de las raterías", recordaría amargamente Ángel Perelman. Buenos Aires se había convertido para Raúl González Tuñón en "la ciudad del hambre", mientras su hermano Enrique escribía "Camas desde un peso" y Elías Castelnuovo acumulaba experiencias para decir, años después, "lo que más recuerdo es la miseria", Juan



Raúl González Tuñón elaboró una importante producción poética inspirada en la vida de los humildes habitantes de los arrabales de las grandes ciudades. Su personaje -Juanito Caminador - simbolizó a los niños y adolescentes de los años '30 que crecieron entre la realidad del hambre y la ilusión de alcanzar una vida más digna.

José Real anotaba que muy pocos obreros alcanzaban a ganar cinco pesos diarios. Torres recopilaba "Algunas maneras de vender la patria" y FORJA clamaba su lema: "Somos una Argentina colonial, queremos ser una Argentina libre". En una palabra, mientras Discépolo desgarraba su alma en cada verso, Roca, Prebisch, Leguizamón, Pinedo, etc., firmaban lo que Jauretche llamó él "estatuto legal del coloniaje" mediante el cual se entregaba al capital inglés los transportes, el carbón, los ferrocarriles, la energía.

El fútbol, ya afianzado y consolidado como pasión popular, no podía ser ajeno a semejante desbarajuste. Esa pasión era prolijamente alimentada y exacerbada desde los grandes diarios en manos de la oligarquía, que no se ocupaban tanto del pan pero sí mucho del circo. Los jugadores de fútbol advirtieron pronto su protagonismo, y exigieron el tratamiento preferencial que por entonces monopolizaban los intérpretes del tango y las estrellas de la radiotelefonía, el teatro y la naciente industria cinematográfica. Dos países, dos estilos, dos formas de vida, quedaron definidas y enfrentadas: la Argentina visible y la Argentina invisible, según la definición de Eduardo Mallea, un escritor del sistema que se quedó en el sector que en sus obras vituperaba. La Argentina visible era la minoría estentórea, superficial, elitista y acaudalada; la otra, la mayoría silenciosa, taciturna, hambrienta y humillada. Los futbolistas -sin quererlo y sin pensarlo- formaron parte, como meros instrumentos del sistema, de la Argentina del privilegio. Pero el fútbol siempre encontró su sustento en la masa anónima que quedó en el otro extremo de la cuerda social. Eso lo salvó, aunque no se pudo evitar que la corrupción generalizada salpicara también a algunos de sus protagonistas. Hubo numerosos conflictos, desencuentros, diferencias, hasta que en 1931, recién comenzada "la década infame", el profesionalismo legalizó los pagos recibidos "en negro" y dio comienzo a otra época en el fútbol nacional.

"La historia de Rosario Central",
por Andrés Bossio

materiales del crudo profesionalismo, que venía inficionado con todas las pústulas de la “década infame”, y también dejó su huella en el fútbol de nuestra ciudad.

ATORRANTES CON GALERA

A partir de 1905 y hasta 1931 -cuando el profesionalismo derrumba las barreras sentimentales del amateurismo-, ocurren muchas cosas en el fútbol de la ciudad. Al margen del surgimiento de los clubes mencionados, algunos otros nacieron y sucumbieron con idéntica facilidad. La nómina de estos clubes -o con intención de serlo- sería interminable. La prolija registración que dejara un viejo periodista Juan Dellacasa (h), autor de “Puntapié penal”, edición de 1938, ofrece material como para merecer una más ambiciosa y completa investigación. Extraemos de esa vieja edición lo que aconteció con uno de esos grupos de animosos muchachos que, en los albores de este siglo que pronto nos abandona, hicieron un verdadero culto del fútbol. La historia nació alrededor de 1904 cuando un grupo de empleados de comercio, entidades de cerealistas y almacenes navales, se reunían por sus obligaciones laborales en la sede del Banco Español del Río de

la Plata. Allí concurrían a realizar las operaciones bancarias cotidianas, al término de las cuales no faltaban largas parrafadas sobre el naciente deporte, cuyo auge se incrementó notablemente a partir de los torneos estables que patrocina la flamante Liga Rosarina de Fútbol desde 1905. El entusiasmo de esos muchachos que se reunían en el banco, se canalizó a través de un “pechazo” que le hicieron a un cliente de la entidad, un tal Gauna, quien poseía unos terrenos desocupados en Mendoza y Vera Mujica (por entonces, casi “campo afuera”). Llegaron a reunir alrededor de cien adherentes, lo que no era poco para la época. Como para no desmentir la feliz definición de Arturo Jauretche cuando explicaba con su prosa vigorosa los mecanismos de la “colonización pedagógica”, los muchachos aquellos buscaron un nombre para la naciente entidad. Y todos estuvieron de acuerdo cuando alguien propuso llamarla “*El Albión Rosarino*”, en clara alusión al nombre (Albión) que los antiguos griegos dieron a las islas británicas y que la tradición identificó en el correr de los siglos con Inglaterra. La particularidad de este nacimiento es que, contrariamente a lo que acontecía con otros clubes de la época, fue estimulado por “gente bien”, de buen pasar y óptimas posibilidades de prosperar en corto tiempo. Esas diferencias, sin embargo, no se notaban en la cancha, los “nenes bien” del Albión daban

y recibían con la misma virilidad y reciedumbre que los ferroviarios de la Villa Sanguinetti, los operarios de refinerías o los estudiantes del Colegio Newell. Tanto era así que se ganaron un mote bien gráfico: “atorrantes con galera”.

PRIMER ENCUENTRO INTERNACIONAL

Aunque Atlético del Rosario ya había tenido oportunidad de disputar un par de encuentros internacionales -ante Peñarol de Montevideo, por la Copa Competencia-, Rosario no había vivido aún la experiencia de recibir la visita de un conjunto extranjero. Los citados encuentros de los muchachos de Plaza se hacían siempre en escenarios porteños, de allí que la posibilidad de traer a nuestra ciudad al primer equipo del Southampton encendió en 1904 la pasión de los rosarinos. La visita de los ingleses se frustró, aun cuando dos jugadores de clubes locales fueron llamados para integrar un combinado argentino para oponerse a los británicos. Boardman, arquero de Plaza y Eduardo Jewell, tuvieron buena actuación en un elenco de “aprendices” que el 9 de julio de ese año cayó ante los “maestros” ingleses por la nada decorosa cifra de 8 a 0.

Pero un año después el sueño se

Alberto Le Bas convierte para Atlético del Rosario el primer gol ante Peñarol, en la final de la Copa Competencia, que ganaron los rosarinos por 3 a 2. Corría 1904, una fila de vagones y apreciable cantidad de público servía de marco para esta postal de una fría tarde de agosto, en la que ya aparecía ese contraste fundamental que ofrece el gol: brazos levantados hacia el cielo en el goleador; la resignación y el desconsuelo de los vencidos.

Gentileza Club Atlético del Rosario



Fundador de una dinastía de futbolistas de extraordinaria jerarquía, Zenón Díaz fue el símbolo de una consustanciación raigal entre una parte de la ciudad y su club preferido: Rosario Central

“Revista por las Bodas de Brillante”
de Rosario Central 1964



hace realidad. Costó mucho, es cierto, y para que el lector contemporáneo vislumbre la entidad de las dificultades de esos primeros años del siglo, reproducimos un párrafo de la Memoria Anual del Club Atlético del Rosario, que copiamos del brillante trabajo de *Francisco M. Cavallo*. Dice así:

“...es de sentir que no fue posible obtener la visita de clubes de Buenos Aires para partidos amigables de primera división; la dificultad consiste en que los jugadores que nos visitan deben sufragar personalmente los gastos del viaje”. Como se aprecia, la imposibilidad era de origen estrictamente económica, y ello motivó que los muchachos de Plaza -en su mayoría de buen vivir- debieran disputar todos los encuentros correspondientes a la Copa Competencia de esos años, en la ciudad de Buenos Aires.

Y fue justamente en dos finales consecutivas -1904 y 1905- donde Plaza le ganó a Peñarol de Montevideo, en ambas ocasiones en el campo de juego de la Sociedad Hípica Argentina, la copa en disputa. Fue el detonante que hizo estallar la pasión creciente de los rosarinos. Ya nadie dudó que había que hacer cualquier esfuerzo para que no se frustrara, como el año anterior, la visita a Rosario de un equipo extranjero. Concuerda ese entusiasmo con la presencia en el país del Nottingham Forest, que finalmente se presenta en Plaza Jewell el 16 de junio de 1905. Plaza es reforzado por varios jugadores de Rosario Central, siendo uno de ellos -Zenón Díaz- la figura del encuentro. Los ingleses ganan por 5 a 0, en el marcador más “estrecho” que obtuvieron en el curso de la gira. La actuación de Zenón Díaz, del arquero Norris y del zaguero Ricardo Le Bas provoca la admiración del público y determina que los tres fueran invitados a integrar combinados argentinos que siguieron perdiendo por “escándalo” ante los maestros del Nottingham. Ya la semilla estaba echada: en años sucesivos, fue frecuente la presencia de equipos extranjeros -fundamentalmente ingleses- en el país. Aunque por lo general la diferencia era abismal, no estaba lejos el venturoso 24 de junio de 1906, cuando el legendario Alumni de los hermanos Brown le gana a un seleccionado de Sudáfrica (entonces colonia inglesa) formado por jugadores británicos, por uno a cero. Al conju-
ro de esas presencias extranjeras

“ROSARIO, CUNA DE CAMPEONES. . .”

por Osvaldo F. Albertelli

Frased breve, pero hondamente expresiva. Tal vez haya sido dicha mucho antes y en diversas circunstancias. Sin embargo, quien la fijó definitivamente en la historia deportiva de la ciudad fue Octavio J. Díaz, aquel extraordinario guardavallas de Rosario Central.

Ese grito estentóreo fue lanzado al aire por el “Negro” Díaz el 15 de octubre de 1929, cuando el combinado de la desaparecida Liga Rosarina se consagraba campeón argentino al vencer por dos a uno a la Federación Tucumana en el viejo estadio de River Píate, ubicado entonces en avenida Alvear y Tagle de la Capital Federal. El tremendo vozarrón del imponente arquero rosarino vibró en aquellas viejas tribunas de madera y nos pareció a quienes estábamos allí, que esa enorme exteriorización de júbilo recorría el cielo de esa cálida tarde de octubre para depositarse en pleno corazón de Rosario. La ciudad lo recibió alborozado y lo festejó largamente; era la primera vez que una embajada futbolística local obtenía ese preciado galardón.

Crónicas amarillentas y descoloridas fotografías de los medios más prestigiosos de Buenos Aires, llevaron al país la imagen imponente del gran Octavio, acompañado esa tarde por Francisco De Cicco, Juan González, Silvestre Conti, Victorio Faggiani, Julián Sosa, Agustín Peruch, Francisco Scaroni, Adolfo Cristini, Luis Indaco y Francisco Barreiro. Detrás del alambrado, transpirando más que si estuvieran adentro, quedaron como “mirones” Gabino Sosa



Para muchos viejos simpatizantes, Octavio Díaz (sobrino de Zenón) fue el más grande arquero en la rica historia futbolística rosarina.

(que estaba lesionado), Hectorino Pacotti, Ginés Burset, Serapio Mujica, Alfonso Etchepare, Osvaldo Goicoechea y Antonio Del Felice.

Al comentar el triunfo del combinado rosarino, la revista ‘El Gráfico’, publicaba la legendaria fotografía del capitán alzando la copa en triunfo, y decía: “Es la imagen (Octavio Díaz) de una tradición gloriosa que se yergue en el reverdecir de los laureles marchitos; es todo un pasado que renace; es el ayer que vuelve; es, acaso, la anunciación inefable de una nueva era de glorias; es el símbolo de Rosario en la apoteosis del campeonato...”

Invocando los duendes de un pasado esplendoroso (Zenón Díaz, Pinato Viale, Harry Hayes, Guillermo Dannaher, Julio Libonatti, el petiso Miguel y el eterno Gabino, genio de varias décadas), la revista preanunciaba una resurrección del fútbol de la ciudad. A partir de aquel grito ensordecedor de Octavio, “Rosario, cuna de campeones”, sabíamos que esa tarde, en la vieja cancha de River, se abría una nueva y provechosa etapa en la brillante historia futbolística rosarina.

Osvaldo Faustino Albertelli es una verdadera reliquia viviente de la ciudad. Unos cuantos años muy bien vividos lo mantienen en perpetua juventud. No hay persona alguna en la ciudad que, habiendo pasado por algún medio de difusión, no haya aprendido algo de don Osvaldo. Las redacciones de viejos diarios ya desaparecidos, así como la agencia local del matutino porteño “La Prensa”, y una cantidad impresionante de correspondencias nacionales y extranjeras conocen de su gran capacidad periodística y su innata condición de maestro. (A.B.).

La historia del fútbol de la ciudad es la historia misma de Rosario. Como quizás en ningún otro lado, el deporte de los ingleses se arraigó firmemente en estos pagos, que bien pronto le impuso su propia índole y lo tornó más lento, más bello, más armónico. Desde la época de los grandes bigotes, pantalones desmesurados y pelota con tiento, cualquier iniciado supo distinguir al futbolista rosarino, dueño de una excepcional habilidad.



Muy serios en la fotografía, estos once muchachos de Atlético del Rosario vivieron su momento de euforia un 14 de agosto de 1904, al ganar la Copa Competencia. Derrotaron en la final a Peñarol.

Gentileza Club Atlético del Rosario.

La antigua cancha rojinegra, vista desde arriba. La perspectiva cercana muestra el hipódromo Independencia y, un poco más lejos, el Club Provincial. Todo en un marco de construcciones espaciadas y chatas.





La entrada al viejo estadio, donde se juntan avenida Génova y Cordiviola.

El frente es idéntico al de modestas canchas de innumerables pueblos del interior del país, con el nombre del club luciendo en la arcada de ingreso.



EL FÚTBOL Y LOS INTELECTUALES

El fútbol suele con frecuencia ser blanco preferido a la hora de señalar los desarreglos de una sociedad. Pensadores, filósofos y analistas de la realidad social no le han dado importancia alguna en nuestro país. Pareciera ser una constante de los intelectuales argentinos, que en su inmensa mayoría siempre estuvieron a contrapelo de las grandes pasiones populares. Para decirlo con palabras del uruguayo Eduardo Gaicano (los intelectuales) “sólo podrían referirse al fútbol con una mueca de disgusto, asco o indignación”. No siempre ni en todos lados es así.

Un buen arquero que tuvo el equipo de la Universidad de Argel, que luego fue Premio Nobel de Literatura y que se llamó Albert Camus, afirmaba sin rubor que “lo que más sé, a la larga, acerca de moral y de las obligaciones de los hombres, se lo debo al fútbol”.

El mismísimo Federico Schiller recomendaba atender las modalidades del deporte de un pueblo, porque allí se encuentra -según el filósofo alemán- el carácter de ese pueblo. Alguna vez Horacio Quiroga abandonó la temática de la selva misionera para escribir una historia menuda sobre un jugador de Nacional de Montevideo, y un Mario Benedetti apasionado borroneó cuatro páginas antológicas dedicadas a un “wing izquierdo”. Entre los nuestros -una excepción lujosa- imposible obviar a Roberto Fontanarrosa, nuestro entrañable “Negro”, quien pintó como nadie podría hacerlo una inolvidable final -jugada a muerte- en el estadio Bombasí de Congodia. Una joya literaria con el fútbol como eje de una sátira desopilante (la obra se llama “El área 18”) en la que confluyen todos los ingredientes que ennoblecen -y embellecen- este viril deporte.

El famoso fotógrafo Henri Cartier-Bresson logró el retrato de Albert Camus que se reproduce.



LA GUERRA DEL '14 Y EL EXODO INGLES

Las balas que pusieron fin a la vida del heredero del trono austro-húngaro y su esposa, Francisco Fernando y Sofía, sonaron con tanta intensidad en Sarajevo como en nuestro país. Especialmente en Rosario, donde una verdadera colonia de súbditos ingleses se estaba arraigando, a favor de la instalación de compañías navieras, casas bancarias, empresas ferroviarias, de gas, electricidad, teléfonos, aguas corrientes. Aquél sórdido 28 de junio de 1914 signó el destino de muchos europeos que abandonaron la Argentina para luchar por sus respectivas banderas en la primera gran guerra de este siglo.

En Rosario -como en el resto del país- hubo grandes movilizaciones de extranjeros; algunos desearon de volver, otros, dispuestos a quedarse, apegados a una tierra que los había recibido sin reservas de ninguna clase. Menudearon los incidentes en todos lados, en tanto la verdadera guerra se gestaba a pasos agigantados en el Viejo Continente. La declaración formal fue el detonante que exigió una determinación precisa, imposterizable, irreversible. Muchos se quedaron. Otros muchos se fueron. Algunos volvieron cuatro años después. Otros, no.

En nuestra ciudad, en el ámbito del deporte, Atlético del Rosario fue una caja de resonancias sin igual en torno a la guerra europea. La gran mayoría de asociados tenía ciudadanía inglesa. No extrañó que muchos de ellos oyeran el llamado de su patria y se fueran a combatir. El trámite de la contienda, durante sus interminables cuatro años de duración, fue seguido con la ansiedad explicable



La Europa convulsionada de 1914 hizo estremecer a muchas familias argentinas. La patria lejana reclamó la cuota de sangre a inmigrantes ya asentados en la Argentina que partieron hacia la primera gran guerra del siglo.

Foto publicada en la revista "Fray Mocho" IV, 21.8, 1914. Museo Histórico Provincial

en una comunidad que, aunque integrada a la sociedad local, tenía allá a padres, hermanos, hijos.

Al publicar el club la Memoria correspondiente al año 1917, cuando aún no se avizoraba el final de la lucha, agregó una nómina de "socios voluntarios", a la Primera Guerra Mundial con la acotación de los que habían sido tomados prisioneros y de los muertos en acción. Cabe mencionar que entre los voluntarios de Atlético del Rosario que fueron a pelear se encontraban los hermanos Carlos y Eduardo Newell, donantes de los terrenos donde se levantó la sede actual.

También en Rosario Central se notó la guerra mundial. Algunos de los funcionarios de la empresa ferroviaria (todavía en 1914 sólo podían ser asociados los empleados del ferrocarril) volvieron a su patria. La mayoría no volvió.

Es importante destacar un dato que es altamente significativo y sirve para marcar la diferencia entre una y otra entidad, nacidas prácticamente del mismo tronco, es decir, de núcleos de habitantes de nacionalidad británica. Mientras Rosario Central se acriolló hasta liberarse totalmente de la tutela inglesa -recién lo hizo en 1925- Atlético del Rosario siguió manteniendo su vieja estructura. Aún cuando sus estatutos no contenían limitaciones ni condicionamientos acerca de nacionalidad o profesión, era un "club de ingleses". Tanto es así que desatada la Segunda Guerra Mundial en 1939, la Memoria de aquellos años repite el gesto de admiración y homenaje, ofreciendo la nómina de los que se fueron a combatir por su patria.

el fútbol se afianzó definitivamente en Rosario. El arraigo de los clubes en el alma popular y la organización de torneos locales de gran competitividad, provocó entusiasmas y, muchas veces, ardorosos enfrentamientos. Las inclinaciones de los aficionados fueron repartiendo la pasión, fundamentalmente entre Rosario Central y Newell's Old Boys, Atlético del Rosario -el precursor indiscutible- distribuía sus afanes entre el fútbol y las demás actividades, donde ocupaban especial interés el rugby, la natación y el atletismo. Hacia 1914, con el inicio de la Primera Guerra Mundial, muchos de sus más apreciados dirigentes y sus descendientes, retornan a Europa para tomar parte de la contienda. Ese espacio ocupado entonces por Plaza, queda abierto a la disputa perenne de "canallas" y "leprosos", que hasta hoy persiste. Clubes de larga tradición -Provincial, Central Córdoba, Tiro Federal, Sparta, Gimnasia y Esgrima- hicieron también lo suyo. Pero las preferencias de la gran mayoría se volcaban por Newell's y Central. Tanto fue así, desde el mismo nacimiento del fútbol organizado, que



Harry Hayes hizo escuela en las canchas con su juego sutil y su enorme cuota de goles anotados para Rosario Central y las selecciones argentinas. También fue ejemplo de conducta fuera del campo de juego.

"Revista por las Bodas de Brillante"
de Rosario Central 1964

en 1905 un chiquilín de 14 años que jugaba en Gimnasia (entonces se llamaba Argentino) pidió a la flamante Liga Rosarina su primer pase, a fin de poder jugar en cualquier otro club. La Liga le concedió la petición, planteando una exigencia entonces considerada ilógica: el pago de un derecho de cinco pesos (\$5,00). Dirigentes de Rosario Central, atentos a la cuestión y entusiasmados con el prometedor jugador, abonaron los cinco pesos y se quedaron con el joven futbolista. Hicieron el mejor negocio de su historia: el chico no era una simple promesa, sino toda una realidad a pesar de sus pocos años. Semanas después debutó en primera y se quedó para siempre; sólo cambió la camiseta centralista por la de la selección nacional, en la que jugó 24 partidos y convirtió 14 goles. Se llamó Harry Hayes y fue el fundador de una dinastía que perduró a lo largo de buena parte de la rica historia auriazul, prolongada en nuestros días por otro Harry Hayes, hijo de aquél, a través de su fecunda labor en la Mutua de Ex Jugadores de nuestra ciudad.

GABINO SOSA

Con ese nombre de payador y su criollazo apellido, resultaría imposible asignarle otro destino que el que tuvo. Seguro que su llegada a este mundo -un 4 de octubre de 1899- no conmovió al Rosario de entonces, sino a la humilde familia que vivía en una modesta casita del barrio de la sexta, en calle Alem. Nadie podría imaginar que Gabino, nombre de payador, era el “adelantado” que la Providencia enviaba al corazón de la “República de la Sexta” en la que unos años después, se instalaría para siempre Central Córdoba, dueño de la pasión por el fútbol en ese sector de la ciudad.

Cuando las clases acomodadas festejaban con gran pompa y exagerada inmoderación el año del Centenario -1910, un siglo después de mayo-, este criollo de piel morena, vivísimos ojos negros y extrema delgadez, apareció en la quinta división “charrúa”. Tenía entonces once años, y a los dieciséis ya debutaba en primera. Se quedó para siempre, cambiando el color de la camiseta que usó toda su vida, sólo en dos reiteradas situaciones: cuando defendía los colores de la selección rosarina y cuando lo convocaban para integrar el combinado nacional.

Los viejos espectadores que se deleitaron con su juego no encontraron en generaciones sucesivas de talentosos futbolistas un parámetro con el que pudieran compararlo. Dicen que Gabino Sosa no era un deportista; parecía más bien un artista, un creador. Un inventor de arabescos y sutilezas que embellecían cada una de sus maniobras, quizás por esa concepción que tenía del fútbol y el auge que por entonces alcanzaba el arte de los herederos del vie-



jo juglar español, alguien dio la clave de su idiosincrasia futbolística al denominarlo “el payador de la redonda”. Afirmaban que Gabino era eso: un verdadero payador; cada partido era un desafío a su interminable muestrario de cosas nuevas, y cada rival dispuesto a pararlo -aun de cualquier manera- era una invi-

tación al desahogo de su talento. Generoso hasta el hartazgo, se divertía con todo tipo de malabarismo personal aunque prefería que la explosión del gol la desataran sus compañeros de equipo, sobre los que siempre ejerció un notable predicamento. Sin hablar una palabra. Gabino era en la cancha y en el vestuario el dueño del equi-

po, el capitán respetado y el compañero querido.

Gabino Sosa no sólo era un gran jugador. Fue un gran hombre. Ni siquiera los excesos del alcohol que muchos le achacaban, le hacían perder su línea de conducta; dentro o fuera de la cancha, jamás se comportó de otra manera que lo que realmente era: un hombre bueno, pacífico, retraído, como si fuera ajeno a la enorme admiración y cariño que su solo nombre despertaba. Contaba un viejo dirigente charrúa que a comienzos de la década del 30, fue Central Córdoba a jugar un encuentro amistoso en Buenos Aires. La idea era “mostrar” a algunos jugadores del equipo a ver si despertaban el interés de los clubes porteños. Era el comienzo del profesionalismo y todos estaban a la caza de los cracks. Gabino -ya en los últimos años de su carrera- hacía maravillas con la pelota, pero ninguno de sus compañeros acertaba siquiera una, en el entretiempo -ya perdían por goleada- el directivo reconvino seriamente a los futbolistas, explicándoles que así ninguno sería contratado para jugar en la capital. Gabino rompió su mutismo habitual y respondió más o menos esto: “No les hable de plata. Hábleles de fútbol. Esto es un juego, no un negocio. Y nosotros sólo venimos a jugar, no a negociar”.

Ese mismo Gabino Sosa miraba con asombro cómo “la plata” enloquecía a muchos de los jugadores de su tiempo. Y en 1931, al implantarse el profesionalismo, fue llamado a firmar su primer contrato profesional. No quiso hablar de dinero, estampó su firma en el contrato tipo, dejando en blanco el casillero a llenar con la cifra. El estupor de los dirigentes alcanzó

su punto máximo cuando el “payador de la redonda” se levantó para irse y venciendo su timidez ancestral y con ojos suplicantes, les pidió un par de muñecas para sus hijas. Muchos años después una de ellas recordaría a este cronista, que aquél fue uno de los días más felices en el hogar de los Sosa. Naturalmente, aquellas dos muñecas fueron las primeras que entraron a la casa. La tremenda alegría del Negro fue incomparable, única, mucho mayor que la que le provocó días después la entrega de un cheque con una cifra inusual: trescientos pesos. Era la suma que el club le asignó como sueldo.

Gabino abandonó la actividad deportiva en 1938, cuando para muchos testigos de la época tenía cuerda para rato. Se fue con la grandeza de los grandes ídolos para seguir viviendo en la digna pobreza que nunca le había abandonado. Una víspera de Reyes, en 1971, una cruel dolencia atacó su organismo. La sala Uno del Hospital Ferroviario -donde quedó internado- fue a partir de ese día un desfile incesante de figuras de primer nivel en el deporte local. Se le sumaron funcionarios, dirigentes, artistas y la masa anónima, todos haciendo fuerza para que el Negro se curara. Hubo partidos y combates de box a beneficio; hubo una cuenta habilitada para ayudar al Payador a rematar con felicidad la copa final de su tenida con la vida. Gabino luchó hasta donde pudo, hasta el 4 de marzo de 1971, El brillo de sus negros ojos se apagó a las nueve de una mañana lluviosa. Un poeta hubiera asegurado que la ciudad, enmarcada por un cielo gris, lloraba ese día por Gabino Sosa.

*Uno de los equipos centralistas de 1939:
E. Hirschl (técnico húngaro), H. López,
H. García, Araíz, Ignacio Díaz, Lezcano,
Fógel, el masajista Lapetina (parados).
Grassi, Cisterna, H. Hayes, Laporta y Maffei
(agachados).*

**“Revista por las Bodas de Brillante”
de Rosario Central 1964**



*N.O.B., con casaca blanca, en 1946,
cuando Musimessi, Colman y Sobrero eran
inexpugnables en defensa, con una línea
media que hizo historia: Carlucci, Perucca
y Arnaldo. Los delanteros son Buján, Mario
Fernández y Juan Silvano Ferreyra.*



LO QUE SIGUIÓ DESPUÉS

Creemos haber abordado hasta aquí los hechos más relevantes en cuanto a los orígenes del fútbol en Rosario. Lo que siguió después es, ni más ni menos, lo normal en la evolución lógica tanto de esa verdadera pasión popular que es el fútbol, como el de las instituciones que lo practican. Azarosa, por cierto, fue la existencia de la Liga Rosarina, que sufrió dos escisiones y otras tantas subsiguientes “reconciliaciones”.

Tanto en la primera, ocurrida en 1912, como en la segunda, ocho años después, el detonante del desencuentro fue el profundo antagonismo de Central y Newell's. Líos descomunales en las canchas, agresiones a los árbitros, intentos de soborno y guerra sin cuartel entre las hinchadas, fueron ingredientes casi habituales de los clásicos de esos años. Una y otra entidad arrastraban tras de sí a las demás, por lo que el divisionismo -aún cuando era formalmente reparado- dejaba heridas abiertas. Con mucho esfuerzo se llegó al 22 de junio

DE "CANALLAS" Y "LEPROSOS"

Según algunos, el recíproco "insulto" que vociferan las hinchadas de Newell's y Rosario Central empezó hace muchos años en ocasión de un cotejo que debían disputar a beneficio del Patronato de Leprosos. Central no quiso jugar aquel partido y sus rivales estigmatizaron la negativa con el terrible insulto: "¡Canallas!". Los centralistas se mofaron de sus antagonistas y les endilgaron el contrainsulto: "¡Leprosos!".

Otros atribuyen el mutuo calificativo a un lío descomunal registrado en un partido jugado alrededor de 1925, cuando ambas hinchadas se trenzaron en una lucha feroz. Por su parte, Héctor Nicolás Zinni, escritor rosarino, dice en su libro "El Rosario de Satanás", que el apodo de "canallas" nació en un café de la avenida Alberdi, cuando un parroquiano se refirió en esos términos a los hinchas centralistas que habían generado un incidente en ocasión de jugar el equipo contra el desaparecido Aprendices Rosarinos. La versión que suministra el escritor fue tomada de su padre, Nicolás Zinni, también poeta y escritor.

Algunos memoriosos, a su vez, han querido convencerme que la calificación de "canallas" fue ganada en buena ley por la hinchada

auriazul cuando, tras un discutido gol de Belgrano en la vieja cancha de Rueda e Italia, casi incendian el modesto estadio.

Por último, una versión recogida por el descendiente de una antigua y acreditada familia rosarina, ñulista, asegura que la cosa viene de mucho más lejos, casi desde los orígenes mismos del fútbol de la ciudad, cuando existía el viejo Colegio Newell, cuna de la institución que tomó el nombre del fundador, en la calle Entre Ríos al 100. Según este testimonio, los baldíos que circundaban la actual estación Rosario Central eran escenarios de picados en los que tomaba parte la muchachada del barrio, en su mayoría hijos de obreros ferroviarios. Antes y después de cada picado debían pasar por el Colegio Newell, que estaba resguardado por altos muros. La gritería decía que también allí florecía la pasión por el fútbol. Los que pasaban por la calle comenzaron un día a trepar las paredes que preservaban el ámbito interno del colegio de las miradas ajenas. Vaya a saber en la imaginación de quién nació la idea de que aquel recinto parecía un leprosario, apartado como estaba de la curiosidad de los viandantes. Y la "cargada" juvenil y espontá-

nea no tardó en llegar. "¡Leprosos!", gritaban desde afuera. Y los de adentro, ofendidos, tampoco tardaron en responder: "¡Canallas!".

Como todo lo que nace espontáneo y naturalmente, producto de una pasión popular, es difícil concluir sobre la verosimilitud de cada una de estas versiones. En todos los casos, algo es seguro: nadie pensó jamás que estaba inventando un adjetivo -de uno y otro lado- que se incorporaría definitivamente a la historia de ambos clubes. Pero quizás debamos concluir en que una aproximación a la "real realidad" (como decía Ortega y Gasset) imponga la necesidad de enhebrar cada una de las versiones narradas (y tal vez alguna otra que desconocemos). Es decir, es posible que estas distintas versiones, lejos de contradecirse, bien podrían complementarse. Lo real y concreto es que algo que nació como un terrible insulto (esa era la intención original) es hoy canto de orgullo en las enfervorizadas gargantas de "canallas" y "leprosos" de todas las edades y cualquier condición social.

"La historia de Rosario Central", por Andrés Bossio - Edición RRM, 1985.



El arquero de Belgrano, Nicolás Santana, acciona con seguridad ante los delanteros adversarios. Los "paperos" nacieron en barrio Vila y se mudaron luego a España y Rueda. Por sus filas pasaron famosos jugadores como Guida, los hermanos Bearzotti, Julio Libonatti y Rinaldo Martino.

Gentileza de Manuel Santana.

de 1931. Ese día, en la sede rojinegra, por entonces en calle Maipú 1025, Domingo Brebbia por la entidad dueña de casa; Federico Flynn por Rosario Central; Antonio Onnis por Central Córdoba; Emilio Navarini por Provincial; Ángel Rossini por Belgrano; Sixto Martínez por Nacional (hoy Argentino), y Francisco Ciuro por Tiro Federal, decidieron crear la Asociación Rosarina de Fútbol, extinguiéndose con este nacimiento la conflictuada Liga anterior.

Ese año nacía el profesionalismo. Con él se legalizaron "situaciones incómodas" para los clubes (así reza una vieja Memoria de Rosario Central), que venían pagando sumas de dinero a algunos jugadores. También se evitó la sangría que los clubes porteños escindidos de la Liga Argentina -que seguía siendo amateur y detentando la afiliación a la FIFA- y nucleados en una nueva asociación profesional, realizaban al incorporar mediante sumas interesantes a los mejores futbolistas

René Pontoni, el fenómeno santafesino que se consagró en N.O.Boys y reafirmó su talento en San Lorenzo y la selección. Aquí ante sus ex compañeros rojinegros Sobrero, Lizardo, Córdoba y Perucca, observando la segura contención de Julio Elías Musimessi, "el guardavallas cantor".

del interior y del Uruguay.

Pocos años más tarde, en 1939, el fútbol de Rosario vivió un episodio conmocionante: su inserción en los campeonatos de la Asociación del Fútbol Argentino. El interés de los porteños por nuestros jugadores y el crecimiento desigual de Central y Newell's respecto de los otros clubes -en materia futbolística, se entiende- fueron los resortes

que movieron los dirigentes para lograr la incorporación de "leprosos" y "canallas" al fútbol mayor. Costó convencer a los dirigentes de las demás entidades nucleadas en la Asociación Rosarina, que se mantenían firmes en la negativa. Finalmente, Adrián C. Escobar, presidente de la AFA, encontró la llave maestra que abrió las puertas de la incorporación de auriazules y rojinegros



M. Carbonell, Mioti, Chamorro, Cabrera, Faina y Gerónimo Díaz (parados), Buján, Mardizza, Benavidez, Montaña, Ortigüela y Lombardo. Una de las sólidas formaciones rojinegras en el campeonato de 1950.





El combinado de la Liga Rosarina, con ayudantes y dirigentes que acompañaron al plantel a Venado Tuerto, para jugar en cancha del Club Centenario. Fue el 27 de diciembre de 1925; la pelota descansa mansamente junto al botín izquierdo de Gabino.

Gentileza de Manuel Santana.



Harry Hayes, Zenón Díaz, (portando la bandera) y José Benincasa, encabezan el desfile en la inauguración del estadio centralista. Fue el 27 de octubre de 1929 y ese día, el local y su visitante, Peñarol de Montevideo, igualaron cero a cero.

"Revista por las Bodas de Brillante" de Rosario Central 1964

al fútbol nacional: los dos clubes derivarían un 6% de las recaudaciones que hicieran cuando jugaban en el torneo de la AFA. Así terminó esa historia, que dio comienzo a otra que aún se está escribiendo. Con los años, los primeros sinsabores compensaron a Newell's Old Boys con dos campeonatos; a Rosario Central con cuatro; a Central Córdoba con varios títulos en campeonatos de ascensos, hasta aquel memorable torneo conseguido en cancha de Quilmes en 1957, cuando el mismísimo Gabino Sosa, entremezclado en la hinchada charrúa, gritaba la hazaña mayúscula del club de Tablada, subir a la primera división; también a Argentino, y a Tiro Federal, protagonista de memorables encuentros en su vieja cancha de 27 de Febrero y Moreno.

Esa historia de hoy, con triunfos y sinsabores, es la prolongación de aquellos orígenes que quisimos contar, y la reafirmación de una constante, casi un

dogma en la vastísima y rica tradición del fútbol nacional: cuando se habla de calidad, sutileza, perfección en el manejo de la pelota, se está hablando del fútbol rosarino. Vicente de la Mata, Rubén Bravo, Rinaldo Martino, César Luis Menotti, Federico Sacchi, Ángel Zof, Aldo Pedro Poy, Tomás Carlovich, Gerardo Martino y tantos más, son exponentes de todas las épocas, continuadores de la generación de patriarcas de la talla de Harry Hayes, Julio Libonatti, Zenón Díaz, Faustino González y Gabino Sosa.

Fernández, Villagra, Federico, Cechini, Rivoiro, Palminteri, Indalecio López, Delogú, Scavone, Dante Álvarez, Valenti y el profesor Rodolfo Más. Uno de los brillantes equipos charrúas que alcanzaría el ascenso a primera división en el campeonato de 1957.



BIBLIOGRAFIA

- Álvarez, Juan, *Historia de Rosario*, Bs. As., 1943, reimpreso por la UNL, Santa Fe, 1981.
- Bialet Massé, Juan, *El estado de las clases obreras argentinas a comienzos del siglo*, Bs. As., 1904, reimpreso por U N. Córdoba, 1968.
- Bossio, Andrés, *Historia de Rosario Central*, RR Ediciones, Bs. As., 1985.
- Cavallo, Francisco M., *Centenario Club Atlético del Rosario (1867 - 1967)*. Revista editada por la citada entidad.
- Clusellas, Rodolfo J ., *La ciudad de Rosario, 1893 - 1903*, Ed. Sudamericana, 1967.
- Dellacasa, Juan (h), *Puntapié penal*, s/e, Rosario, 1938.
- de Paoli, Pedro, *Los motivos del Martín Fierro en la vida de José Hernández*, Ciordia y Rodríguez Editores, 3a. edición, Bs. As., 1957.
- Escobar Bavio, Enrique, *El fútbol en el Río de la Plata*, Ed. del autor, Bs. As., s/f.
- Gori, Gastón, *Vagos y malentretenidos - Aportes al tema hernandiano*, 2a. Ed., Colmegna, Santa Fe, 1965.
- Rodríguez Molas, Ricardo, *Historia social del gaucho*, Ed.CEAL, colección Capítulo, T. 159, Bs. As., 1981.
- Roldán, Cipriano, *Anales del fútbol rosarino*, s/fecha - s/e.
- Rosa, José María, *Historia argentina*, Ed. Oriente, Bs. As., 1981.
- Zinni, Héctor Nicolás, *El Rosario de Satanás*, Ed. Centauro, Rosario, 1980.

ANDRES BOSSIO

A los quince años se radicó en Rosario, proveniente de Rufino ciudad de su nacimiento. Cronista deportivo en su comienzo, su actividad profesional abarcó más tarde distintas facetas, ocupándose de temas políticos, sociales y de interés general, así como de críticas bibliográficas.

Su actividad periodística lo llevó a desempeñarse en todos los medios de la ciudad, tanto gráficos como radiales y televisivos habiendo colaborado también en medios de la Capital Federal.

Es autor de "La Historia de Rosario Central", co-autor de "Jauretche esquina Manzi" (con Rubén Mamiano y Rubén Plaza) y el ensayo "Vigencia y destino histórico de Martín Fierro" premiado por la Municipalidad de San Martín.

Colección de fascículos declarada de INTERES MUNICIPAL, por decreto N9 1719, año 1990.

© 1990

1ra. edición 1990. 2da. edición 1991.

Ediciones DE AQUI A LA VUELTA, Salta 1064, Tel. 263163, Buenos Aires. En Rosario, Catamarca 1793, Tel. 250317. Hecho el depósito de Ley. Composición Láser, películas, impresión y encuadernación: IMPRESIONES MODULO SRL, Zeballos 1879, Tel. 64155, Rosario. Se terminó de imprimir el 15 de abril de 1991.

Ediciones DE AQUI A LA VUELTA.

Colección: ROSARIO: Historias de aquí a la vuelta.

Fascículo N° 2: Los orígenes del fútbol.

Proyecto y Dirección General: **Enrique Llopis**

Durante los años 1990/1993 se editaron 24 títulos y la Dirección de Colección estuvo a cargo de **Rubén Naranjo**. El grupo de trabajo lo integraban: Rafael Oscar Ielpi / Norberto Púzzolo / José Manuel Castro / Marina Naranjo / Roberto Santana / Raúl Pérez Cantón / Carlos Quadrigue / Tomás Pedrido / Omar Nuñez / Virginia Ducler / Juan Muñiz.

Han colaborado: Marcelo Yuvone, Alexis Brengler, Elio F. Rosianski, Antonio Héctor Folloni, Domingo Faustino Settecase.

En 2018 presentamos la colección en formato digital y estamos trabajando en el lanzamiento de nuevos títulos.

Dirección General: Enrique Llopis / Dirección de Colección: Mag. Alicia Ovando.
